Imprimir

“Mis amigas y mis amigos.
En los últimos meses una tristeza infinita ha estado oprimiendo mi corazón. Brasil atraviesa uno de los peores períodos de su historia.

Con 130 mil muertos y cuatro millones de infectados, nos hundimos en una crisis sanitaria, social, económica y medioambiental nunca antes vista.

Más de doscientos millones de brasileños se despiertan todos los días sin saber si sus familiares, amigos o ellos mismos estarán sanos y vivos por la noche.

La abrumadora mayoría de los muertos por el coronavirus son personas pobres, negras y vulnerables que el estado ha abandonado.

En la ciudad más grande y rica del país, las muertes por Covid-19 son un 60% más altas entre los negros y pardos de la periferia, según datos de las autoridades sanitarias.

Cada uno de estos muertos que el gobierno federal trata con desdén tenía nombre, apellido, dirección. Tenía padre, madre, hermano, hijo, marido, mujer, amigos. Duele saber que decenas de miles de brasileños no pudieron despedirse de sus seres queridos. Sé lo que es este dolor.

Sí, hubiera sido posible prevenir tantas muertes.

Estamos confiados a un gobierno que no valora la vida y banaliza la muerte. Un gobierno insensible, irresponsable e incompetente que rompió las reglas de la Organización Mundial de la Salud y convirtió al Coronavirus en un arma de destrucción masiva.

Los gobiernos que emergieron del golpe congelaron recursos y desecharon el Sistema Único de Salud, SUS, que es respetado mundialmente como modelo para otras naciones en desarrollo. Y el colapso no fue aún mayor gracias a los héroes anónimos, los trabajadores y

los trabajadores de la salud.

Los fondos que podrían utilizarse para salvar vidas se utilizaron para pagar intereses al sistema financiero.

El Consejo Monetario Nacional acaba de anunciar que retirará más de 300 mil millones de reales de las ganancias de las reservas que les quedan a nuestros gobiernos.

Sería comprensible que esa fortuna se destinara a ayudar al trabajador desocupado o a mantener una ayuda de emergencia de 600 reales mientras dure la pandemia.

Pero eso no pasa por la mente de los economistas gubernamentales. ¡Ya han anunciado que este dinero se utilizará para pagar intereses de la deuda pública!

En manos de estas personas se maltrata la salud pública en todos sus aspectos.

La sustitución de la dirección del Ministerio de Salud por personal militar sin experiencia médica o sanitaria es solo la punta de un iceberg. En una escalada autoritaria, el gobierno trasladó a cientos de militares del activo y en reserva a la administración federal, incluso en muchos puestos clave, que recuerdan los tiempos oscuros de la dictadura.

El más grave de todos es que Bolsonaro se aprovecha del sufrimiento colectivo para cometer subrepticiamente un crimen contra la Patria.

Un crimen políticamente imperecedero, el mayor crimen que un funcionario de gobierno puede cometer contra su país y su pueblo: renunciar a la soberanía nacional.

No fue por casualidad que elegí hablar con ustedes este 7 de septiembre, Día de la Independencia de Brasil, cuando celebramos el nacimiento de nuestro país como nación soberana.

La soberanía significa independencia, autonomía, libertad. Lo contrario de esto es la

dependencia, la servidumbre, la sumisión.

A lo largo de mi vida siempre he luchado por la libertad.

Libertad de prensa, libertad de opinión, libertad de expresión y organización, libertad de asociación, libertad de iniciativa.

Es importante recordar que no habrá libertad si el país mismo no es libre.

Renunciar a la soberanía es subordinar el bienestar y la seguridad de nuestro pueblo a los intereses de otros países.

La garantía de la soberanía nacional no se limita a la importantísima misión de salvaguardar nuestras fronteras terrestres y marítimas y nuestro espacio aéreo. También significa defender a nuestra gente, nuestra riqueza mineral, cuidar nuestros bosques, nuestros ríos, nuestra agua.

En la Amazonía debemos estar presentes con científicos, antropólogos e investigadores dedicados al estudio de la fauna y la flora y a utilizar este conocimiento en farmacología, nutrición y en todos los campos de la ciencia, respetando la cultura y organización social de los pueblos indígenas.

El gobierno actual subordina a Brasil a los Estados Unidos de manera humillante y somete a nuestros soldados y diplomáticos a situaciones desconcertantes. Y todavía amenaza con involucrar al país en aventuras militares contra nuestros vecinos, contrariamente a la Constitución misma, para servir a los intereses económicos y estratégicos-militares estadounidenses.

La sumisión de Brasil a los intereses militares de Washington fue abierta por el propio presidente cuando nombró a un oficial general de las Fuerzas Armadas brasileñas para servir en el Comando Militar Sur de los Estados Unidos, bajo las órdenes de un oficial estadounidense.

En otro ataque a la soberanía nacional, el actual gobierno firmó un acuerdo con Estados Unidos que coloca la Base Aeroespacial Alcântara bajo el control de funcionarios estadounidenses y priva a Brasil del acceso a tecnología, incluso de terceros países.

Quien quiera conocer los verdaderos objetivos del gobierno no necesita consultar manuales secretos de Abin o del servicio de inteligencia del Ejército.

La respuesta se encuentra todos los días en el Boletín Oficial, en cada acto, en cada decisión, en cada iniciativa del presidente y sus asesores, banqueros y especuladores que llamó para dirigir nuestra economía.

Instituciones centenarias como Banco do Brasil, Caixa Econômica Federal y BNDES, que se confunden con la historia de desarrollo del país, están siendo descuartizadas y cortadas o simplemente vendidas a bajo precio.

Los bancos públicos no se crearon para enriquecer a las familias. Son instrumentos de progreso. Financian la casa del pobre, la agricultura familiar, las obras de saneamiento, la infraestructura esencial para el desarrollo.

Si miramos al sector energético, veremos una política de tierra arrasada igualmente depredadora.

Después de poner a la venta las reservas del pre-sal por cantidades ridículas, el gobierno desmantela Petrobras. Vendieron la distribuidora y se vendieron los gasoductos. Las refinerías están siendo cuarteadas. Cuando solo queden las piezas, llegarán las grandes multinacionales para rematar lo que queda de una empresa estratégica para la soberanía de Brasil.

Media docena de multinacionales amenazan los ingresos de cientos de miles de millones de reales del petróleo presal, recursos que constituirían un fondo soberano para financiar una revolución educativa y científica.

Embraer, uno de los mayores activos de nuestro desarrollo tecnológico, solo ha escapado a la vergüenza de la rendición por las dificultades de la empresa que lo adquiriría, Boeing, profundamente ligada al complejo industrial militar de Estados Unidos.

El corte no termina ahí.

El furor privatista del gobierno pretende vender, en la cuenca de las almas, la mayor empresa de generación de energía de América Latina, Eletrobrás, un gigante con 164 plantas -dos de ellas termonucleares- responsables de casi el 40% de la energía consumida en Brasil.

La demolición de universidades, la educación y el desmantelamiento de instituciones de apoyo a la ciencia y la tecnología, promovido por el gobierno, son una amenaza real y concreta a nuestra soberanía.

Un país que no produce conocimiento, que persigue a sus profesores e investigadores, que recorta becas de investigación y niega la educación superior a la mayoría de su población, está condenado a la pobreza y la sumisión eterna.

La obsesión destructiva del gobierno dejó la cultura nacional a una sucesión de aventureros. Artistas e intelectuales piden la salvación de la Casa de Ruy Barbosa, Funarte, Ancine. La Cinemateca Brasileira, donde se deposita un siglo de memoria del cine nacional, corre grave peligro de correr la misma trágica suerte que el Museo Nacional.

Mis amigos y mis amigos.

En el aislamiento de la cuarentena, he reflexionado mucho sobre Brasil y sobre mí mismo, sobre mis errores y aciertos y sobre el papel que aún me puede encajar en la lucha de nuestro pueblo por mejores condiciones de vida.

Decidí centrarme, junto a usted, en la reconstrucción de Brasil como una nación independiente, con instituciones democráticas, sin privilegios oligárquicos y autoritarios. Una verdadera democracia y Estado de derecho, basada en la soberanía popular. Una Nación

enfocada en la igualdad y el pluralismo. Una Nación insertada en un nuevo orden internacional basado en el multilateralismo, la cooperación y la democracia, integrada en América del Sur y solidaria con otras naciones en desarrollo.

El Brasil que quiero reconstruir con ustedes es una nación comprometida con la liberación de nuestro pueblo, trabajadores y excluidos.

En un mes cumpliré 75 años.

Mirando hacia atrás, solo puedo agradecer a Dios, quien fue muy generoso conmigo. Tengo que agradecer a mi madre, doña Lindu, por convertir en un palo a una orgullosa trabajadora sin diploma, que algún día llegaría a ser Presidente de la República. Por hacerme un hombre sin amargura, sin odio.

Soy el chico que contradecía la lógica, que salió del sótano social y llegó al último piso sin pedir permiso a nadie, solo a la gente.

No pasé por la puerta trasera, pasé por la rampa principal. Y que los poderosos nunca perdonaron.

Se reservaron el papel de extras, pero yo me convertí en protagonista de la mano de los trabajadores brasileños.

Supuse que el gobierno estaba dispuesto a demostrar que la gente sí encajaba en el presupuesto. Más que eso, probé que la gente es un activo extraordinario, una riqueza enorme. Con el pueblo Brasil avanza, se enriquece, se fortalece, se convierte en un país soberano y justo.

Un país en el que la riqueza producida por todos se distribuya entre todos, pero sobre todo entre los explotados, los oprimidos, los excluidos.

Todos los avances que hemos logrado han sido ferozmente opuestos por fuerzas

conservadoras, aliadas a los intereses de otras potencias.

Nunca se contentaron con ver a Brasil como un país independiente y solidario con sus vecinos de América Latina y el Caribe, con países africanos, con naciones en desarrollo.

Es ahí, en estos logros de los trabajadores, en este progreso de los pobres, en el final del servilismo, que es donde está en la raíz el golpe de 2016.

Ahí está la raíz de los casos armados en mi contra, de mi encarcelamiento ilegal y de la prohibición de mi candidatura en 2018. Procesos que – ahora todo el mundo lo sabe – se basaron en la colaboración criminal secreta de las agencias de inteligencia estadounidenses.

Al sacar a 40 millones de brasileños de la pobreza, hicimos una revolución en este país. Una revolución pacífica, sin disparos ni detenciones.

Viendo que este proceso de ascenso social de los pobres continuaría, que la afirmación de nuestra soberanía no se revertiría, los que se creen dueños de Brasil, dentro y fuera, decidieron detenerlo.

Aquí es donde nace el apoyo de las élites conservadoras a Bolsonaro.

Aceptaron su escape de los debates como algo natural. Vertieron ríos de dinero en la industria de las noticias falsas. Cerraron los ojos a su aterrador pasado. Fingieron ignorar su discurso en defensa de la tortura y su disculpa pública por violación.

Las elecciones de 2018 arrojaron a Brasil a una pesadilla que parece no tener fin.

Con el ascenso de Bolsonaro, milicianos, intermediarios comerciales y sicarios abandonaron las páginas policiales y aparecieron en columnas políticas.

Como en las películas de terror, las oligarquías brasileñas han dado a luz a un monstruo que ahora no pueden controlar, pero que seguirán apoyando mientras se sirvan sus intereses.

Datos escandalosos ilustran esta connivencia: en los primeros cuatro meses de la pandemia, cuarenta multimillonarios brasileños aumentaron sus fortunas en 170.000 millones de reales.

Mientras tanto, la masa salarial de los empleados cayó un 15% en un año, la mayor caída jamás registrada por el IBGE. Para evitar que los trabajadores se defiendan de este saqueo, el gobierno ahoga a los sindicatos, debilita las centrales sindicales y amenaza con cerrar las puertas del Tribunal Laboral. Quieren romper la espina dorsal del movimiento sindical, que ni siquiera la dictadura logró.

Violaron la Constitución de 1988. Repudiaron las prácticas democráticas. Implantaron un autoritarismo oscurantista, que destruyó las conquistas sociales logradas en décadas de luchas. Abandonaron una política exterior altiva y activa, en favor de una sumisión vergonzosa y humillante.

Este es el retrato verdadero y amenazador del Brasil actual.

Tal calamidad tendrá que enfrentarse con un nuevo contrato social que defienda los derechos y los ingresos de los trabajadores.

Querida mía y querido mío.

Mi larga vida, incluidos los casi dos años que pasé en una prisión injusta e ilegal, me ha enseñado mucho.

Pero todo lo que fui, todo lo que aprendí cabe en un grano de maíz si esa experiencia no se pone al servicio de los trabajadores.

Es inaceptable que el 10% de la población viva a expensas de la miseria del 90% de la población.

Nunca habrá crecimiento y paz social en nuestro país mientras la riqueza producida por todos acabe en las cuentas bancarias de un puñado de privilegiados.

Nunca habrá crecimiento y paz social si las políticas e instituciones públicas no tratan a todos los brasileños de manera justa.

Es inaceptable que los trabajadores brasileños sigan sufriendo los efectos perversos de la desigualdad social. No podemos admitir que nuestra juventud negra tenga sus vidas marcadas por una violencia que raya en el genocidio.

Desde que vi, en ese terrible video, los 8 minutos y 43 segundos de agonía de George Floyd, me sigo preguntando: ¿cuántos George Floyd teníamos en Brasil? ¿Cuántos brasileños perdieron la vida por no ser blancos? Las vidas negras sí importan. Pero esto es cierto para el mundo, para Estados Unidos y para Brasil.

Es intolerable que las naciones indígenas tengan sus tierras invadidas y saqueadas y sus culturas destruidas. El Brasil que queremos es el del mariscal Rondon y los hermanos Villas-Boas, no el de los acaparadores de tierras y los devastadores de bosques.

Tenemos un gobierno que quiere acabar con las virtudes más hermosas de nuestro pueblo, como la generosidad, el amor a la paz y la tolerancia.

La gente no quiere comprar revólveres o cartuchos de carabina. La gente quiere comprar comida.

Debemos combatir con firmeza la violencia impune contra la mujer. No podemos aceptar que un ser humano sea estigmatizado por su género. Rechazamos el desprecio público hacia los quilombolas. Condenamos el prejuicio que trata como pobres seres inferiores que viven en las afueras de las grandes ciudades.

¿Cuánto tiempo viviremos con tanta discriminación, tanta intolerancia, tanto odio?

Mis amigas y mis amigos

Para reconstruir el Brasil pospandémico, necesitamos un nuevo contrato social entre todos

los brasileños.

Un contrato social que garantiza a todos el derecho a vivir en paz y armonía. En el que todos tengamos las mismas posibilidades de crecer, donde nuestra economía esté al servicio de todos y no de una pequeña minoría. Y en el que se respeten nuestros tesoros naturales, como el Cerrado, el Pantanal, la Amazonia Azul y la Mata Atlántica.

La base de este contrato social tiene que ser el símbolo y la base del régimen democrático: el voto. Es a través del ejercicio del voto, libre de manipulaciones y noticias falsas, que deben formarse gobiernos y deben tomarse las grandes decisiones y elecciones fundamentales de la sociedad.

A través de esta reconstrucción, respaldada por el voto, tendremos un Brasil democrático, soberano, que respete los derechos humanos y las diferencias de opinión, proteja el medio ambiente y las minorías y defienda su propia soberanía.

Un Brasil para todas y para todos.

Si estamos unidos en torno a eso, podemos superar este momento dramático.

Lo fundamental hoy es superar la pandemia, defender la vida y la salud de las personas. Es poner fin a esta mala gestión y acabar con el techo de gasto que pone de rodillas al Estado brasileño ante el capital financiero nacional e internacional.

En esta labor ardua pero esencial, me pongo a disposición del pueblo brasileño, especialmente de los trabajadores y excluidos.

Mis amigas y mis amigos.

Queremos un Brasil donde haya trabajo para todos.

Estamos hablando de construir un estado del bienestar que promueva la igualdad de

derechos, en el que la riqueza producida por el trabajo colectivo se devuelva a la población según las necesidades de cada uno.

Un estado justo, igualitario e independiente que brinde oportunidades a los trabajadores, los más pobres y los más excluidos.

Este Brasil de nuestros sueños puede estar más cerca de lo que parece.

Incluso los profetas de Wall Street y la City de Londres ya han decretado que el capitalismo, como el mundo lo conoce, tiene los días contados. Les tomó siglos descubrir una verdad incuestionable que los pobres conocen desde que nacieron: lo que sostiene al capitalismo no es el capital. Somos nosotros, los trabajadores.

Es en estos momentos que me viene a la mente esta frase que leí en un libro de Víctor Hugo, escrito hace siglo y medio, y que todo trabajador debe llevar en el bolsillo, escrito en un papel, para no olvidar nunca:

“Es del infierno de los pobres que se hace el paraíso de los ricos …”

Sin embargo, ninguna solución tendrá sentido sin los trabajadores como protagonistas. Como la mayoría de los brasileños, no creo y no acepto los llamados pactos “over the top” con las élites. Aquellos que viven de su propio trabajo no quieren pagar la factura de los arreglos políticos hechos arriba.

Por eso quiero reafirmar algunas certezas personales:

No apoyo, no acepto y no me suscribo a ninguna solución que no cuente con la participación efectiva de los trabajadores.

No cuente conmigo para ningún acuerdo en el que la gente simplemente esté apoyando.

Más que nunca, estoy convencido de que la lucha por la igualdad social pasa por un proceso

que obliga a los ricos a pagar impuestos proporcionales a sus ingresos y fortunas.

Y este Brasil, mis amigos y mis amigos, está al alcance de nuestra mano.

Puedo decir esto mirando a los ojos a todos y cada uno de ustedes. Demostramos al mundo que el sueño de un país justo y soberano puede hacerse realidad.

Sé, ya sabes, que podemos, nuevamente, hacer de Brasil el país de nuestros sueños.

Y decir, desde el fondo de mi corazón: estoy aquí. Reconstruyamos Brasil juntos.

Aún nos queda un largo camino por recorrer juntos.

Mantente firme, porque juntos somos fuertes.

Viviremos y ganaremos “.

Luiz Inácio Lula da Silva

Fuente:
https://www.alainet.org/es/articulo/208821?utm_source=email&utm_campaign=alai-amlatina

Foto tomada de:
https://www.alainet.org/es/articulo/208821?utm_source=email&utm_campaign=alai-amlatina